

§ III. Asamblea del Juego de pelota. — Sesión real. — Reunión de los órdenes.

17 junio. Inmediatamente que la asamblea nacional se constituyó, entró una diputación del clero en el salón, á esponer el estado de la deliberación de este orden, sobre la reunión. « *La asamblea nacional*, » respondió Bailly, que presidía entonces, « espera con impaciencia los miembros, que no han tenido, aun, parte en sus trabajos; » é instruyó á la diputación del clero de las determinaciones, que acababan de tomarse. Este acto de vigor sorprendió á la corte, al ministerio y á la nobleza. Necker, sin despreciar lo que acababa de hacerse, y temiendo otras usurpaciones de un orden que empezaba á conocer su fuerza, propuso la intervención de la autoridad

real. « Conced, aconsejó al rey, todo lo que el tercer estado puede razonablemente desear, convidad á la reunión los órdenes superiores, y al tercer estado á la moderación; sin dictar órdenes demostrados, que sabreis emplear vuestra autoridad, para impedir mas largas dilaciones, y haced baxar del trono, como concesión, lo que se sabría obtener sin él. » Necker tenía siempre á la mira la constitución inglesa, y las dos cámaras; temía, igualmente, la reunión entera; y la división; acaso una marcha mas franca descubriendo su modo de pensar, habría reunido la mayoría de los tres órdenes, y puede ser que haya derecho, para acusarle de haber doblado la desconfianza del pueblo, dexando ignorar la parte que tomó en la sesión real, en la que su conducta, con res-

pecto á la corte, tuvo alguna vanidad, con mucho patriotismo; sea lo que quiera, su parecer fué adoptado por el rey, y el discurso preparado por Necker, debió pronunciarse en la sesion real; pero la corte, temiendo lo que procedia de un ministro popular se aprovechó de un viaje, que hizú el rey á Marly, para llevarle y mudar por este medio todas sus disposiciones. El arzobispo de Paris se prosternó delante de Luis, para representarle los peligros que amenazaban á la religion, y á la monarquia; y para el efecto, se obligó á la reyna, y á los principes, que interviniesen; convencido, ó forzado cedió el monarca, sin conservar del plan de Necker, sino la sesion real, de la que se hizo una audiencia de justicia. Se intimaron ordenes, en lugar de dar consejos; irrita-

ron, en lugar de calmar, y el modo, con que se prometieron las mejoras, destruyó todo el bien, que se podia esperar de ellas.

Del abandono, que se hizo del plan de Necker resultó un inconveniente muy grave: quiso hacer de la reunion de los ordenes un servicio de la corona, y las comunes, entonces, habrian aceptado, con reconocimiento, esta reunion limitada; pero la corte retardó el dia de la sesion, y el 19 de junio por la tarde se supo, que la mayoría del clero, iba á reunirse al tercer estado, y debia mirarse, como atentatorio al orden de cosas establecido, un acto que, dias antes, hubiera sido satisfactorio.

Sinembargo la corte no viendo, que la reunion efectiva de los ordenes resultaba de la deliberacion del clero, re-

20 junio. solvió impedir la, por la fuerza, y eligió, un mezquino y ridículo medio, que la confundía! Se publicó una proclama, por la que el rey suspendía las deliberaciones de los ordenes, hasta la sesion real, y se tuvo el atrevimiento de interrumpir los trabajos de los representantes del pueblo, baxo el pueril pretesto de decorar el salon de sus sesiones, para la ceremonia. Los diputados se presentaron á la puerta, y los soldados cerraron la entrada: resolvieron no separarse; los unos querian deliberar en la plaza de Armas, y los otros, baxo las ventanas del rey: Bailly, presidente, designó, por punto de las sesiones, un juego de pelota, situado en un cuartel muy separado, y los soldados desobedecieron á sus gefes, por dar una guardia de honor á la asamblea, que, efectiva-

mente, se reunió en este lugar, en donde decretó, que cualquiera que fuese el sitio donde se reuniese, seria siempre la asamblea nacional, y juraron todos sus diputados no separarse, hasta haber dado una constitucion á la Francia. Un solo diputado, Martin de Auch, se opuso á estas deliberaciones solemnes, y la asamblea, firmando la declaracion del juramento, puso á continuacion del nombre Martin la palabra opuesto, para hacer constante, y cierta la libertad de los votos.

Tal fué esta memorable sesion, primer acto de una revolucion, cuyos autores estaban lexos de preveer los funestos excesos; así empezó el mas noble, y terrible episodio de la historia del género humano, este principio prometia á los Franceses una verdadera rege-

neracion; pero se hizo demasiado anarquica para que produxese ningun buen resultado : devoró sus mas ardientes motores, sus hijos los mas puros, y, despues de treinta años de agitaciones, y desgracias, no dexó, sino compensaciones insuficientes, y recuerdos sangrientos.

La corte, habituada á los motines de los parlamentos, no vió, acaso, sino un acontecimiento ordinario, en la decision de la asamblea : y, segun ella, la audiencia de justicia debia, el dia siguiente, ponerlo todo en orden. Nuevas intrigas hicieron suspender, un dia, aun, esta sesion real, con tanta impaciencia esperada de los unos, y tan temida de otros. Se imaginó un frivolo pretesto, para impedir á los representates del pueblo, entrar en el juego de pelota,

por lo que se fueron á la iglesia de ^{22 junio.} San Luis, y alli recibieron, en su seno, la mayoría del clero, y dos diputados de la nobleza, que se sometieron á la verificacion comun de los poderes. Por consiguiente, el rey iba á permitir, con restricciones, lo que la mayoría numérica de los estados, y la de los ordenes acababa de obrar sin reserva. Se habia imaginado una sesion real, para remediar la division de los ordenes; y en el momento, que esta division acababa de cesar, y una mayoría, que tenia detras de sí al pueblo, se habia formado, se egecutaba semejante proyecto!

Enfin el 23 de junio Luis XVI fué, en gran ceremonia, al salon de los estados, acompañado de los ministros, a escepcion de Necker, cuya ausencia era una imponente protesta, contra la con-

ducta de la corte. El language del rey fué el mismo, que en las antiguas audiencias de justicia, y las palabras, yo lo quiero, repetidas muchas veces, agriaron la asamblea nacional: permitiendo la reunion en ciertos casos se mantuvo, formalmente, la distincion de los ordenes: se anularon las determinaciones de 10, 17 y 20 de junio: se reconoció la verificacion de los poderes de los nobles en su cámara, como legalmente hecha, y el rey anunció tambien, que, si los estados generales le abandonaban, haria el bien de su pueblo, sin contar con ellos.

Se leyó en seguida una declaracion real, en la que, se prometian grandes ventajas; pero no todas las que el pueblo necesitaba; y volviendo el rey, á tomar la palabra, mandó á los diputa-

dos de los tres órdenes retirarse inmediatamente, para deliberar, sobre su declaracion, cada uno en sus respectivas cámaras.

El clero, y la nobleza obedecieron; pero el tercer estado quedó inmóvil, en sus bancos. « Señores, dixo el gran maestro de ceremonias á la asamblea, despues de haber marchado el rey, habeis oido las intenciones de S. M. » Bailly respondió con calma: « Los representantes de la nacion no deben recibir órdenes de persona alguna; » Mirabeau mas exáltado gritó: « Decid á los que os envian, que estamos aqui, por la voluntad del pueblo, y que no saldremos, sino por la fuerza de las bayonetas. »

Luis XVI, cansado del extraño papel, que se le hacia hacer, no quiso prestarse á otras medidas de vigor, y, en defecto

de órdenes reservadas, se sirvió la corte de medios miserables, para descomponer la asamblea nacional creyendo que aquellos, que habian resistido á la voluntad, hasta entónces, soberana del principe, cederian á los gritos de la multitud de obreros, distribuida, al efecto, en el salon.

La asamblea nacional, siempre serena, é impassible, persistió en sus precedentes determinaciones. « Sois lo que erais ayer, dixo Sieyes con su frialdad ordinaria, y nada podeis mudar á vuestras deliberaciones. » Esta palabra, tan sencilla, sorprendió el tropel de los tontos cortesanos, habituados á mirar, como leyes inalterables, las voluntades manifiestas del señor. El asombro fué el solo sentimiento de los mas ignorantes, que creian poder, aun, despreciar las

formas, sin elegancia, del tercer estado. El terror ganó á los que veian mejor, y sin embargo, la asamblea nacional tuvo miedo, sin duda, por que el golpe de estado anunciado, por la corte, daba cuidados exagerados. Mirabeau quiso calmarla, y la asamblea decretó, sobre su mocion, que la persona de los diputados de la nacion era inviolable, y sagrada, declarando á los que osasen atentar á su libertad, de cualquiera clase que fuesen, infames y traidores á la patria, culpables de crimen capital, y se reservó el derecho de perseguirlos, y castigarlos. Esta medida vigorosa de tal modo consternó al ministerio que, habiendo propuesto, por la mañana, violencias disparatadas, se arrepintió del papel que había hecho, y de no haber comprendido, que la fuerza había mudado de manos.

24 junio. El dia siguiente la asamblea recibió, en su seno, los prelados, que se habian reunido á ella el 22, y que, admirados, por un momento, de la órden del príncipe, perseveraban, sin embargo, en la marcha, que habian adoptado.

25 junio. El 25, cuarenta y siete miembros de la nobleza, con el duque de Orleans á su cabeza, vinieron, en medio de los mas vivos aplausos, á verificar sus poderes. Desde entonces los escisionarios se consideraron tan débiles, que dieron por hecha la reunion de los órdenes; sin embargo, el espíritu del rey fluctuaba en la mas cruel perplexidad. Se le habian hecho tomar medidas, que su corazón desaprobó, y estas mismas, apesar de su violencia, fueron inútiles: la ausencia de Necker, y su demision atizaban demasiado el fuego de la insurrección,

y habiendole suplicado la reyna, y los príncipes, no abandonarlos, cedió á su deseo, y esta noticia restableció la alegría pública.

Los miembros disidentes de la asamblea estaban muy expuestos á la animadversion del pueblo, y no se atrevian á presentarse en público; las imprecaciones y los ultrages los perseguian, y el arzobispo de Paris, aunque forzado, por el miedo de abrazar un partido, que desaprobaba, se presentó en la misma asamblea, que, dos dias antes, aconsejaba al rey disolver.

La mayoría de la nobleza, y la memoria del clero persistian en reunirse en cámaras particulares; su continencia profunda manifestaba su estado, en el que presentian, con pena, que les era necesario renunciar de una determina-

cion, que habian jurado mantener. En fin el rey mismo los convidó á la reunion, y dudaron aun, pero sus presidentes el ^{27 junio.} duque de Luxembourg, y el cardenal Rochefoucauld les presentaron la vida del rey comprometida, si resistian mas tiempo; apoderandose, con ansia, de este pretesto, para ceder, sin demasiada verguenza, á las órdenes del pueblo, se fueron con lentitud, y tristemente á la cámara comun, en donde la asamblea nacional los recibió, con transportes de la doble alegría, de una reunion, que hacia ver un porvenir risueño, y de un triunfo ganado sobre el enemigo, que, en otro tiempo, se temia mucho ofender. De este modo, cuatro dias despues de la sesion real, anulando las órdenes, que habia intimado contodo el aparato del poder, obedeció, por la primera vez,

á una autoridad mas fuerte que la suya, y rindió homenaje á la revolucion victoriosa.



§ IV. Intrigas de la corte. — Egercito del Mariscal de Broglie delante de Paris. — Destierro de Necker. — Movimientos de insurreccion.

Sin embargo la corte estaba lexos de considerarse, como enteramente vencida, y aunque no se atrevia á herir directamente, lo hacia por medio de la intriga. Un ministerio oculto, con la sombra del ministerio público, hacia tomar resoluciones contrarias á las que se anunciaban publicamente. Necker, á quien el rey jamas amó, estaba muy expuesto al odio de todos los cortesanos, porque persuadieron al monarca, que sus consejos habian hecho nacer la